

La deserción de los Reyes

14-4-71

Por Rafael GAMBRA



En la Plaza de Cataluña de Barcelona se celebra el advenimiento de la República

El 14 de abril de 1931 tenía yo nueve años, y preparaba el ingreso al bachillerato en un colegio de Madrid. Mi padre (que en paz descanse) fue a recogerme por la tarde, dado el estado de la ciudad.

Mis recuerdos son muy nítidos. Una ehusma vociferante —esa que se ignora de dónde sale en ocasiones tales— se encaramaba en tranvías, taxis y coches particulares dando muestras al Rey y vivas a la República. Enarbolaban banderas rojas y cantaban "La Marsellesa". Hombres y mujeres avanzaban en corros bullangueros por las calles al son de létrillas tan inspiradas como: "no se ha marchao, que le hemos echao", o "Un, dos, tres, muera Berenguer." Me recordó al carnaval de dos meses antes, el último de los carnavales callejeros, ya que el nascente régimen de la Libertad lo suprimiría definitivamente como incompatible con el orden público.

Los intelectuales de izquierda, de acuerdo con su gran pontífice Ortega Gasset, se felicitaban ante el espectáculo y ponderaban entre sí la "gran República de Pueblo e intelectuales que vamos a construir". Los demás mortales sabían —aunque no pudieran precisar el día— que antes de un mes arderían los conventos de Madrid, y que eso sería sólo el prólogo. (La fecha exacta fue el 11 de mayo.) Visto desde ahora, el espectáculo de aquella tarde de mi infancia me aparece como un punto medio entre el cercano carnaval de 1931 y las hordas armadas que asesinarían a mansalva, seis años más tarde, en Paracuellos de Jarama.

Mi padre, que me llevaba de la mano, recorrió el camino y el trayecto de metro sin decir nada, con los dientes apretados de furia y de repugnancia.

Visto con una mayor perspectiva, lo más llamativo de aquel carnavalesco suicidio colectivo fue la actitud del rey (y de sus consejeros). La renuncia del monarca, por muy constitucional que fuera, suponía el final de toda sombra de orden, que tal virtud tenía todavía el solo nombre de la monarquía. Su huida dejaba al país entregado a la anarquía, visible o latente, y era el primer acto de una inevitable guerra civil.

Alfonso XIII, sin embargo, "suspendía deliberadamente el ejercicio del poder real" para "no lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil". El texto de su despedida suponía como un acto generoso por su parte, al modo de la libre renuncia a una herencia para evitar discusiones de herederos. Abandonado, ciertamente, por todos los suyos —políticos y palaciegos—, rechazó, sin embargo, el ofrecimiento del general Cavalcanti de sacar las tropas defender la corona y "devolverle en pocos meses una España monárquica". El veía ante sí "la voluntad popular" —creía en ella—, y no se reconocía motivo para derramar por su causa sangre española.

Y no se piense que Don Alfonso era personalmente cobarde. Había demostrado su valor en los varios y terribles atentados que sufrió. Su carácter era muy español, abierto y cordial, digno sin duda de mejor memoria: no en balde era Austria por su madre, mujer de gran temple moral. Lo que sucedía era que Don Alfonso, "liberal como su tiempo", ignoraba que los honores reales no se tributaban a su persona, ni siquiera a su familia, ni son un tampoco un autotributo de la nación a un símbolo de la misma. Que se tributara a algo superior, en cierto modo sagrado, que simboliza su corona rematada en una Cruz, y de lo que es él el primer servidor. Servidor que, como el oficial en campaña, ha de defender sin abandonar jamás la posición, hasta la muerte. Como murió Luis XVI, y como murió Constantino XI en el sitio de Constantinopla por los turcos. Que la docena de hombres que hubieran podido morir aquel día por salvar el Trono se convertirían, cinco años más tarde, en casi un millón de muertos. En resumen, que Alfonso XIII, por educación y por ambiente, no era ya monárquico.

Dallí, en su última genialidad, ha sabido exponer esta profunda tragedia de la Monarquía en el siglo XX:

"Desde el punto de vista científico —ha dicho el pasado día 20 en Roma—, la monarquía es la única forma de gobierno que corresponde a los más recientes descubrimientos de la biología. La monarquía es genética. Viene de Dios. Lo único terrible

de la ciudad.

Mis recuerdos son muy nítidos. Una ehusma vociferante —esa que se ignora de dónde sale en ocasiones tales— se encaramaba en tranvías, taxis y coches particulares dando muestras al Rey y vivas a la República. Enarbolaban banderas rojas y cantaban "La Marsellesa". Hombres y mujeres avanzaban en corros bullangueros por las calles al son de letrillas tan inspiradas como: "no se ha marchao, que le hemos echao", o "Un, dos, tres, muera Berenguer". Me recordó al carnaval de dos meses antes, el último de los carnavales callejeros, ya que el nascente régimen de la Libertad lo suprimiría definitivamente como incompatible con el orden público.

Los intelectuales de izquierda, de acuerdo con su gran pontifice Ortega Gasset, se felicitaban ante el espectáculo y ponderaban entre sí la "gran República de Pueblo e intelectuales que vamos a construir". Los demás mortales sabían —aunque no pudieran precisar el día— que antes de un mes arderían los conventos de Madrid, y que eso sería sólo el prólogo. (La fecha exacta fue el 11 de mayo.) Visto desde ahora, el espectáculo de aquella tarde de mi infancia me aparece como un punto medio entre el cercano carnaval de 1931 y las hordas armadas que asesinarían a mansalva, seis años más tarde, en Paracuellos de Jarama.

Mi padre, que me llevaba de la mano, recorrió el camino y el trayecto de metro sin decir nada, con los dientes apretados de furia y de repugnancia.

Visto con una mayor perspectiva, lo más llamativo de aquel carnavalesco suicidio colectivo fue la actitud del rey (y de sus consejeros). La renuncia del monarca, por muy constitucional que fuera, suponía el final de toda sombra de orden, que tal virtud tenía todavía el solo nombre de la monarquía. Su huida dejaba al país entregado a la anarquía, visible o latente, y era el primer acto de una inevitable guerra civil.

Alfonso XIII, sin embargo, "suspendía deliberadamente el ejercicio del poder real" para "no lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil". El texto de su despedida suponía como un acto generoso por su parte, al modo de la libre renuncia a una herencia para evitar discusiones de herederos. Abandonado, ciertamente, por todos los suyos —políticos y palaciegos—, rechazó, sin embargo, el ofrecimiento del general Cavalcanti de sacar las tropas defender la corona y "devolverle en pocos meses una España monárquica". El veía ante sí "la voluntad popular" —creía en ella—, y no se reconocía motivo para derramar por su causa sangre española.

Y no se piensa que Don Alfonso era personalmente cobarde. Había demostrado su valor en los varios y terribles atentados que sufrió. Su carácter era muy español, abierto y cordial, digno sin duda de mejor memoria: no en balde era Austria por su madre, mujer de gran temple moral. Lo que sucedía era que Don Alfonso, "liberal como su tiempo", ignoraba que los honores reales no se tributaban a su persona, ni siquiera a su familia, ni son un tampoco un autotributo de la nación a un símbolo de la misma. Que se tributan a algo superior, en cierto modo sagrado, que simboliza su corona rematada en una Cruz, y de lo que es él el primer servidor. Servidor que, como el oficial en campaña, ha de defender sin abandonar jamás la posición, hasta la muerte. Como murió Luis XVI, y como murió Constantino XI en el sitio de Constantinopla por los turcos. Que la docena de hombres que hubieran podido morir aquel día por salvar el Trono se convertirían, cinco años más tarde, en casi un millón de muertos. En resumen, que Alfonso XIII, por educación y por ambiente, no era ya monárquico.

Dali, en su última genialidad, ha sabido exponer esta profunda tragedia de la Monarquía en el siglo XX:

"Desde el punto de vista científico —ha dicho el pasado día en Roma—, la monarquía es la única forma de gobierno que corresponde a los más recientes descubrimientos de la biología. La monarquía es genética. Viene de Dios. Lo único terrible es que los actuales reyes no son monárquicos. Dicen que son liberales, hablan de socialismo, etc. Y hace falta ser absolutistas. Pero convencer a un rey para que se convierta en monárquico es una empresa complicada."

No pensemos sólo en Alfonso XIII al leer esta "boutade". Por ahí anda un rey de Grecia buscando en el sufragio universal —antítesis de la monarquía— las bases para su trono que él mismo no ve en la tradición ni en lo sagrado de la Historia. Y no sólo él: otros que quieren ser reyes "de su tiempo" (¿señores destronados?), o, incluso, "líderes" socialistas...